
ACTO TERCERO.

ESCENA I.

BARTOLO, DON GERONIMO.

(Sale el primero sin sombrero ni baston por la derecha.)

BARTOLO.

Pues señor, ya está visto. Esto de escabullirse, es negocio desesperado... ¡El maldito, con achaque de la compostura del cuarto, no se mueve de allí!... ¡Ay, pobre Bartolo!... (Paseándose inquieto por el teatro.) Vamos, pecho al agua, y suceda lo que Dios quiera.

D. GERÓNIMO, saliendo por la izquierda.

No ha habido forma de poderla reducir á que se acueste. Ya la están preparando la sopa en vino que V. mandó. Verémos lo que resulta.

BARTOLO.

No hay que dudar, el resultado será felicísimo.

D. GERÓNIMO, sacando la bolsa y tomando de ella algunos escuditos.

V., amigo don Bartolo, estará en mi casa obsequiado y servido como un príncipe, y entretanto quiero que tenga V. la bondad de recibir estos escuditos.

BARTOLO.

No se hable de eso.

D. GERÓNIMO.

Hágame V. este favor.

BARTOLO.

No hay que tratar de la materia.

D. GERÓNIMO.

Vamos, que es preciso.

BARTOLO.

Yo no lo hago por el dinero.

D. GERÓNIMO.

Lo creo muy bien, pero sin embargo...

BARTOLO.

¿Y son de los nuevos?

D. GERÓNIMO.

Sí señor.

BARTOLO.

Vaya, una vez que son de los nuevos los tomaré,

(Los toma y se los guarda.)

D. GERÓNIMO.

Ahora bien, quede V. con Dios, que voy á ver si hay novedad, y volveré... Me tiene con tal inquietud esta chica, que no sé parar en ninguna parte.

ESCENA II.

LEANDRO, BARTOLO.

(Sale el primero por la puerta de la derecha, recatándose.)

LEANDRO.

Señor doctor, yo vengo á implorar su auxilio de V., y espero que...

BARTOLO.

Veamos el pulso.... (Tomando el pulso, con gestos de displicencia.) Pues no me gusta nada... ¿Y qué siente V.?

LEANDRO.

Pero si yo no vengo á que V. me cure; si yo no padezco ningun achaque.

BARTOLO, con despego.

¿Pues á qué diablos viene V.?

LEANDRO.

A decirle á V. en dos palabras que yo soy Leandro.

BARTOLO.

¿Y qué se me da á mí de que V. se llame Leandro ó Juan de las viñas?

(Alzando la voz. Leandro le habla en tono bajo y misterioso.)

LEANDRO.

Diré á V. Yo estoy enamorado de doña Paulita; ella me quiere, pero su padre no me permite que la vea... Estoy desesperado, y vengo á suplicarle á V. que me proporcione una ocasion, un pretexto para hablarla y...

BARTOLO.

Que es decir en castellano que yo haga de alcahuete. (Irritado y alzando mas la voz.) ¡Un médico! ¡Un hombre como yo!... Quítese V. de ahí.

LEANDRO.

Señor!

BARTOLO.

¡Es mucha insolencia, caballero!

LEANDRO.

Calle V., señor; no grite V.

BARTOLO.

Quiero gritar... ¡Es V. un temerario!

LEANDRO.

¡Por Dios, señor doctor!

BARTOLO.

¿Yo alcahuete? Agradezca V. que... (Se pasea inquieto.)

LEANDRO.

¡Válgame Dios que hombre!... Probemos á ver si...

(Saca un bolsillo, y al volverse Bartolo se le pone en la mano; él le toma, le guarda, y bajando la voz habla confidencialmente con Leandro.)

BARTOLO.

¡Desvergüenza como ella!

LEANDRO.

Tome V... Y le pido perdon de mi atrevimiento.

BARTOLO.

Vamos, que no ha sido nada.

LEANDRO.

Confieso que erré, y que anduve un poco...

BARTOLO.

¿Que errar? ¡Un sugeto como V.!

¡Que disparete! Vaya, con que...

LEANDRO.

Pues señor, esa niña vive infeliz. Su padre no quiere casarla por no soltar el dote. Se ha fingido enferma; han venido varios médicos á visitarla, la han recetado cuantas pócimas hay en la botica; ella no toma ninguna, como es fácil de presumir; y por último, hostigada de sus visitas, de sus consultas y de sus preguntas impertinentes, se ha hecho la muda, pero no lo está.

BARTOLO.

¿Con que todo ello es una farándula?

LEANDRO.

Sí señor.

BARTOLO.

¿El padre le conoce á V.?

LEANDRO.

No señor, personalmente no me conoce.

BARTOLO.

¿Y ella le quiere á V.? ¿Es cosa segura?

LEANDRO.

Oh! de eso estoy muy persuadido.

BARTOLO.

¿Y los criados?

LEANDRO.

Ginés no me conoce, porque hace muy poco tiempo que entró en la casa; Andrea está en el secreto; su marido, si no lo sabe, á lo menos lo sospecha y calla, y puedo contar con uno y con otro.

BARTOLO.

Pues bien, yo haré que hoy mis-

mo quede V. casado con doña Paulita.

LEANDRO.

¿De veras?

BARTOLO.

Cuando yo lo digo...

LEANDRO.

¿Sería posible?

BARTOLO.

¿No le he dicho á V. que sí? Le casaré á V. con ella, con su padre, y con toda su parentela... Yo diré que es V.... boticario.

LEANDRO.

Pero si yo no entiendo palabra de esa facultad.

BARTOLO.

No le dé á V. cuidado, que lo mismo me sucede á mi. Tanta medicina sé yo como un perro de aguas.

LEANDRO.

¿Con que no es V. médico?

BARTOLO.

No por cierto. Ellos me han examinado de un modo particular; pero con exámen y todo, la verdad es que no soy lo que dicen. Ahora lo que importa es que V. esté por ahí inmediato, que yo le llamaré á su tiempo.

LEANDRO.

Bien está, y espero que V...
(Vase por la puerta de la derecha.)

BARTOLO.

Vaya V. con Dios.

ESCENA III.

ANDREA, BARTOLO, LUCAS.

(Andrea sale por la izquierda.)

ANDREA.

Señor médico, me parece que la enferma le quiere dejar á V. desairado, porque...

BARTOLO.

Como no me desaires tú, niña de mis ojos, lo demas importa seis maravéis.

LUCAS.

¿No le he dicho á V., señor doctor, que no quiero esas chanzas?... ¿No se lo he dicho á V.?

BARTOLO.

Pero hombre, si aquí no hay malicia ni...

LUCAS.

Vete tú de ahí... Con malicia ó sin ella, le he de abrir á V. la cabeza de un trancazo, si vuelve á alzar los ojos para mirarla. ¿Lo entiende V.?

BARTOLO.

Pues ya se ve que lo entiendo.

LUCAS.

Cuidado conmigo... ¡Se habrá visto trasto mas enredador!

ESCENA IV.

DON GERONIMO, BARTOLO, LUCAS, LEANDRO.

(Don Gerónimo sale por la izquierda.)

D. GERÓNIMO.

¡Ay, amigo don Bartolo! que aquella pobre muchacha no se alivia. No ha querido acostarse. Desde que ha tomado la sopa en vino está mucho peor.

BARTOLO.

Bueno! eso es bueno. Señal de que el remedio va obrando. No hay que afligirse. Aunque la vea V. agonizando, no hay que afligirse, que aquí estoy yo... (Llama, encarándose á la puerta del lado derecho.) Digo, don Casimiro! don Casimiro!

LEANDRO, desde adentro.

Señor!

BARTOLO.

¡Don Casimiro!

LEANDRO, saliendo.

¿Qué manda V.?

D. GERÓNIMO.

¿Y quien es este hombre?

BARTOLO.

Un excelente didascálico... boticario que llaman Vds... eminente profesor... Le he mandado venir para que disponga una cataplasma de todas flores, emolientes, astringentes, dialécticas, pirofénicas y narcóticas, que será necesario aplicar á la enferma.

D. GERÓNIMO.

Mire V. que decaída está.

BARTOLO.

No importa, va á sanar muy pronto.

ESCENA V.

DOÑA PAULA, ANDREA, GINÉS, DON GERONIMO, BARTOLO, LEANDRO, LUCAS.

(Salen los tres primeros por la puerta de la izquierda.)

BARTOLO.

Don Casimiro, púlsela V., obsérvela bien, y luego hablaremos.

D. GERÓNIMO.

¿Con que en efecto es mozo de habilidad? Eh?

(Va Leandro, y habla en secreto con doña Paula, haciendo que la pulsa. Andrea terea en la conversacion. Quedan distantes á un lado Bartolo y don Gerónimo, y á otro Ginés y Lucas.)

BARTOLO.

No se ha conocido otro igual para emplastos, unguentos, rosolis de perfecto amor y de leche de vieja, ceratos y julepes. ¿Por qué le parece á V. que le he hecho venir?

D. GERÓNIMO.

Ya lo supongo. Cuando V. se vale de él, no, no será rana.

BARTOLO.

¿Que há de ser rana? No señor, si es un hombre que se pierde de vista.

D.ª PAULA.

Siempre, siempre seré tuya, Leandro.

D. GERÓNIMO.

Que? (Volviéndose hácia donde está su hija.) ¿Si será ilusion mia?... ¿Ha hablado, Andrea?

ANDREA.

Si señor, tres ó cuatro palabras ha hablado.

D. GERÓNIMO.

¡Bendito sea Dios! ¡Hija mia! (Abraza á doña Paula, y vuelve lleno de alegría hácia Bartolo, el cual se pasea lleno de satisfaccion.) ¡Médico admirable!

BARTOLO.

¡Y que trabajo me ha costado curar la dichosa enfermedad! Aquí hubiera yo querido ver á toda la veterinaria junta y entera, á ver qué hacia.

D. GERÓNIMO.

Con que, Paulita, hija, ya puedes hablar, ¿es verdad? (Vuelve á hablar con su hija, y la trae de la mano.) Vaya, di alguna cosa.

GINÉS, aparte á Lucas.

Aquí me parece que hay gato encerrado... Eh?

LUCAS.

Tú calla, y déjalo estar.

D.ª PAULA.

Si, padre mio, he recobrado el habla para decirle á V. que amo á Leandro, y que quiero casarme con él.

D. GERÓNIMO.

Pero si...

D.ª PAULA.

Nada puede cambiar mi resolucion.

D. GERÓNIMO.

Es que...

D.ª PAULA.

De nada servirá cuanto V. me diga. Yo quiero casarme con un hombre que me idolatra. Si V. me quiere bien, concédame su permiso sin excusas ni dilaciones.

D. GERÓNIMO.

Pero, hija mía, el tal Leandro es un pobretón...

D.ª PAULA.

Dentro de poco será muy rico. Bien lo sabe V. Y sobre todo, sarna con gusto no pica.

D. GERÓNIMO.

Pero ¡que borboteo de palabras la ha venido de repente á la boca!... Pues hija mía, no hay que cansarse. No será.

D.ª PAULA.

Pues cuente V. con que ya no tiene hija, porque me moriré de la desesperación.

D. GERÓNIMO.

¡Qué es lo que me pasa! (*Moviéndose de un lado á otro, agitado y colérico. Doña Paula se retira hácia el foro, y habla con Leandro y Andrea.*) Señor doctor, hágame V. el gusto de volvérmela á poner muda.

BARTOLO.

Eso no puede ser. Lo que yo haré solamente por servirle á V., será ponerle sordo para que no la oiga.

D. GERÓNIMO.

Lo estimo infinito... Pero ¿piensas tú, hija inobediente, que... (*Encaminándose hácia doña Paula. Bartolo le contiene.*)

BARTOLO.

No hay que irritarse, que todo se echará á perder. Lo que importa es distraerla y divertirla. Déjela V. que vaya á coger un rato el aire por el jardín, y verá V. como poco á poco se la olvida ese demonio de Leandro... Vaya V. á acompañarla, don Casimiro,

y cuide V. no pise alguna mala yerba.

LEANDRO.

Como V. mande, señor doctor. Vamos, señorita.

D.ª PAULA.

Vamos enhorabuena.

D. GERÓNIMO.

Id vosotros también.

(*A Lucas y Ginés, los cuales, con doña Paula, Leandro y Andrea, se van por la puerta del foro.*)

ESCENA VI.

DON GERONIMO, BARTOLO.

D. GERÓNIMO.

¡Vaya, vaya, que no he visto semejante insolencia!

BARTOLO.

Esa es resulta necesaria del mal que ha estado padeciendo hasta ahora. La última idea que ella tenía cuando emudeció, fue sin duda la de su casamiento con ese tunante de Alejandro, ó Leandro, ó como se llama. Cogióla el accidente, quedáronse trasconejadas una gran porción de palabras, y hasta que todas las vacie, y se desahogue, no hay que esperar que se tranquilice, ni hable con juicio.

D. GERÓNIMO.

¿Qué dice V.? Pues me convenice esa reflexión.

(*Saca la caja don Gerónimo, y él y Bartolo toman tabaco.*)

BARTOLO.

Oh! y si V. supiera un poco de matemática, lo entendería un poco mejor... Venga un polvo.

D. GERÓNIMO.

¿Con que luego que haya desocupado...

BARTOLO.

No lo dude V... Es una evacuación que nosotros llamamos *tricolos tetrastrafos*.

ESCENA VII.

LUCAS, ANDREA, GINÉS, DON GERONIMO, BARTOLO.

(*Van saliendo los tres primeros por la puerta del foro.*)

GINÉS.

¡Señor amo!

LÚCAS.

¡Señor don Gerónimo!... ¡Ay que desdicha!

ANDREA.

¡Ay amo mío de mi alma! que se la llevan.

D. GERÓNIMO.

Pero ¿qué se llevan?

LÚCAS.

El boticario no es boticario.

GINÉS.

Ni se llama don Casimiro.

ANDREA.

El boticario es Leandro, en propia persona, y se lleva robada á la señorita.

D. GERÓNIMO.

¿Qué dices? ¡Pobre de mí! ¿Y vosotros, brutos, habeis dejado que un hombre solo os burle de esa manera?

LÚCAS.

No, no estaba solo, que estaba con una pistola. El demonio que se acercase.

D. GERÓNIMO.

¿Y este pícaro de médico...

BARTOLO, *aparte lleno de miedo.*

Me parece que ya no puede tardar la tercera paliza.

D. GERÓNIMO.

Este bribon, que ha sido su alcahuete... Al instante buscadme una cuerda.

ANDREA.

Ahí había una larga de tender ropa.

LÚCAS.

Si, sí, ya sé donde está. Voy por ella. (*Vase por la izquierda, y vuelve al instante con una sogá muy larga.*)

D. GERÓNIMO.

Me las ha de pagar.... Pero ¿hácia donde se fueron? ¡Válgame Dios!

ANDREA.

Yo creo que se habrán ido por la puerta del jardín que sale al campo.

LÚCAS.

Aquí está la sogá.

D. GERÓNIMO.

Pues inmediatamente atadme bien de pies y manos al doctor, aquí en esta silla... (*Bartolo quiere huir, y Lucas y Ginés le detienen.*) Pero me le habeis de ensogar bien fuerte.

GINÉS.

Pierda V. cuidado... Vamos, señor don Bartolo.

(*Le hacen sentar en la silla poltrona, y le atan á ella, dando muchas vueltas á la sogá.*)

D. GERÓNIMO.

Voy á buscar aquella bribona.... Voy á hacer que avisen á la justicia, y mañana sin falta ninguna este pícaro médico ha de morir ahorcado... Andrea, corre, hija, asómate á la ventana del comedor, y mira si los descubres por el campo. Yo veré si los del molino me dan alguna razon. Y vosotros no perdais de vista á ese perro.

(*Se va don Gerónimo por la derecha, y Andrea por la izquierda. Lucas y Ginés siguen atando á Bartolo.*)

ESCENA VIII.

BARTOLO, LUCAS, GINÉS, MARTINA.

GINÉS.

Echa otra vuelta por aquí.

LÚCAS.

¿Y no sabes que el amiguito este había dado en la gracia de decir chicleos á mi muger?

GINÉS.

Anda, que ya las vas á pagar todas juntas.

BARTOLO.

¿Estoy ya bien así?

GINÉS.

Perfectamente.

MARTINA, *saliendo por la puerta de la derecha.*

Dios guarde á Vds., señores.

LÚCAS.

¡Calle, que está V. por acá! ¿Pues qué buen aire la trae á V. por esta casa?

MARTINA.

El deseo de saber de mi pobre marido. ¿Qué han hecho Vds. de él?

BARTOLO.

Aquí está tu marido, Martina: mírale, aquí le tienes.

MARTINA, *abrazándose con Bartolo.*

¡Ay, hijo de mi alma!

LÚCAS.

Oiga! ¿Con que esta es la médica?

GINÉS.

Aun por eso nos ponderaba tanto las habilidades del doctor.

LÚCAS.

Pues por muchas que tenga, no escapará de la horca.

MARTINA.

¿Qué está V. ahí diciendo?

BARTOLO.

Sí, hija mia, mañana me ahorcan, sin remedio.

MARTINA.

¿Y no te ha de dar vergüenza de morir delante de tanta gente?

BARTOLO.

¿Y qué se ha de hacer, paloma?

Yo bien lo quisiera escusar, pero se han empeñado en ello.

MARTINA.

Pero ¿porqué te ahorcan, pobrecito, porqué?

BARTOLO.

Ese es cuento largo. Porque acabo de hacer una curacion asombrosa, y en vez de hacerme protomédico han resuelto colgarme.

ESCENA IX.

D. GERONIMO, ANDREA, BARTOLO, LUCAS, GINÉS, MARTINA.

(Sale don Gerónimo por la puerta de la derecha, y Andrea por la de la izquierda.)

D. GERÓNIMO.

Vamos, chicos, buen ánimo. Ya he enviado un propio á Miraflores; esta noche sin falta vendrá la justicia y cargará con este bribon... ¿Y tú que has hecho, los has visto?

ANDREA.

No señor, no los he descubierto por ninguna parte.

D. GERÓNIMO.

Ni yo tampoco... He preguntado y nadie me sabe dar razon... Yo he de volverme loco... (Dando vueltas por el teatro, lleno de inquietud.) ¿Adonde se habrán ido?... ¿Qué estarán haciendo?

ESCENA X.

DOÑA PAULA, LEANDRO, DON GERONIMO, BARTOLO, ANDREA, LUCAS, GINÉS, MARTINA.

(Los dos primeros salen por la puerta del lado derecho.)

LEANDRO.

¡Señor don Gerónimo!

D.^a. PAULA.

¡Querido padre!

D. GERÓNIMO.

¿Qué es esto? ¡Picarones, infames! LEANDRO, *se arrodilla con doña Paula á los pies de don Gerónimo.*

Esto es enmendar un desacierto. Habíamos pensado irnos á Buitrago y desposarnos allí, con la seguridad que tengo de que mi tío no desaprueba este matrimonio; pero lo hemos reflexionado mejor. No quiero que se diga que yo me he llevado robada á su hija de V., que esto no seria decoroso ni á su honor ni al mio. Quiero que V. me la conceda con libre voluntad, quiero recibirla de su mano. Aquí la tiene V., dispuesta á hacer lo que V. la mande: pero le advierto que si no la casa conmigo, su sentimiento será bastante á quitarla la vida; y si V. nos otorga la merced que ambos le pedimos, no hay que hablar de dote.

D. GERÓNIMO.

Amigo, yo estoy muy atrasado y no puedo...

LEANDRO.

Ya he dicho que no se trate de intereses.

D.^a. PAULA.

Me quiere mucho Leandro para no pensar con la generosidad que debe. Su amor es á mí, no á su dinero de V.

D. GERÓNIMO, *alterándose.*

¡Su dinero de V.! su dinero de V.! ¿Qué dinero tengo yo, parlera? ¿No he dicho ya que estoy muy atrasado? No puedo dar nada, no hay que cansarse.

LEANDRO.

Pero bien, señor, si por eso mismo se le dice á V. que no le pediremos nada.

D. GERÓNIMO.

Ni un maravedí.

D.^a. PAULA.

Ni medio.

D. GERÓNIMO.

Y bien, si digo que sí, ¿quien es ha de mantener, badulaques?

LEANDRO.

Mi tío. ¿Pues no ha oido V. que aprueba este casamiento? ¿Qué mas he de decirle?

D. GERÓNIMO.

¿Y se sabe si tiene hecha alguna disposicion?

LEANDRO.

Sí señor; yo soy su heredero.

D. GERÓNIMO.

¿Y que tal, está fuertecillo?

LEANDRO.

Ay! no señor, muy achacoso. Aquel humor de las piernas le molesta mucho, y nos tememos que de un dia á otro...

D. GERÓNIMO.

Vaya, vamos, ¿qué le hemos de hacer? Con que... (Hace que se levanten, y los abraza. Uno y otro le besan la mano.) Vaya, concedido, y venga un par de abrazos.

LEANDRO.

Siempre tendrá V. en mí un hijo obediente.

D.^a. PAULA.

V. nos hace completamente felices.

BARTOLO.

Y á mí ¿quien me hace feliz? ¿No hay un cristiano que me desate?

D. GERÓNIMO.

Soltadle.

LEANDRO.

Pues ¿quien le ha puesto á V. así, médico insigne?

(Desatan los criados á Bartolo.)

BARTOLO.

Sus pecados de V., que los míos no merecen tanto.

D.^a. PAULA.

Vamos, que todo se acabó, y noso-

tros sabrémos agradecerle á V. el favor que nos ha hecho.

MARTINA. ¡Marido mio! (Se abrazan Martina y Bartolo.) Sea enhorabuena que ya no te ahorcan. Mira, **trátame bien**, que á mí me debes la **borla** de doctor que te dieron en el monte.

BARTOLO. ¿A tí? Pues me **alegro** de saberlo.

MARTINA. Si por cierto. Yo dije que eras un prodigio en la medicina.



GINÉS.

Y yo porque ella lo dijo, lo creí.

LÚCAS.

Y yo lo creí, porque lo dijo ella.

D. GERÓNIMO.

Y yo porque estos lo dijeron, lo creí tambien, y admiraba cuanto decia como si fuese un oráculo.

LEANDRO.

Así va el mundo. Muchos adquieren opinion de doctos, no por lo que efectivamente saben, sino por el concepto que forma de ellos la ignorancia de los demas.

ADVERTENCIA.

Hamlet. (4)

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
"MIGUEL REYES"
MONTERREY, MEXICO